

para asegurar la entrada documentada de un número limitado de inmigrantes, aunque produciría la escasez de trabajadores que demandan miles de empresarios estadounidenses. En opinión del autor, estas medidas podrían ser una solución para los próximos años.

Davis advierte que, si las condiciones existentes persisten, California se convertirá en una verdadera Mexifornia, “donde el español sería igual al inglés; la pobreza, endémica; los gobiernos federal y estatal reemplazarían a los municipios como último recurso; el crimen aumentaría; las escuelas bajarían su calidad, y existirían pocas oportunidades culturales para asimilarse y americanizarse”. La caracterización de Mexifornia está basada más en la imaginación del autor y en el temor de ver transformada su comunidad, que en la proyección de datos y cifras sustentadas en algún trabajo académico. A pesar de ello, cabe destacar que, sin hacer una sola mención al diálogo y las negociaciones migratorias que comenzaron los presidentes Bush y Fox en el año 2000, y sin presentarlo como una opción en sí, Davis considera que la solución se encuentra en una mezcla de programas que faciliten la asimilación y una migración legal y ordenada.

El libro de Davis es un viaje a través de la visión de un anglosajón que considera la migración mexicana como el principal reto para la política y la cultura de Estados Unidos, en el que la capacidad de asimilación del sistema social es fundamental. Sus argumentos están limitados al ámbito universitario, donde observa los estudios chicanos como separatistas, y perneados por la nostalgia por una época en la que la migración de México era menor, y por tanto más fácil de manejar. Los estudiosos del tema y el lector en general deben ser sensibles y debatir con argumentos bien fundados esta perspectiva del fenómeno migratorio, ya que, desafortunadamente, se encuentra arraigada en millones de estadounidenses.

JULIÁN ESCUTIA RODRÍGUEZ

BERNARDO MABIRE, *Políticas culturales y educativas del Estado mexicano de 1970 a 1977*, México, El Colegio de México, (“Jornadas”, 139), 2003, 130 pp.

La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada; la más difícil de escribir también. Para el politólogo Bernardo Mabire, la cercanía temporal con el objeto de estudio es una ventaja; por su temática, este libro podría integrarse a una colección de historia contemporánea de México sin necesidad de justificaciones.

Quizá sin justificaciones, pero no sin la disculpa que ofrece al lector habitual de libros de historia, pues han sido “inevitables las generalizaciones, anécdotas y reseñas de impresiones completamente subjetivas”. Y es que cuando las políticas culturales no han cumplido su cometido ni las ha habido cabalmente, ¿con qué base empírica, con qué testimonios puede un investigador asir tamaña virtualidad? “La pobreza del objeto analizado encierra interés en sí misma”, explica Mabire con la regocijada ironía que caracteriza la primera de las dos partes en que se divide el libro, una dedicada a un desglose de las políticas culturales por sexenios, la postrera a las disputas que suscitaron las ediciones de los libros de texto para la educación primaria y a sus contenidos.

La cultura que estudia Mabire es toda refinamiento, no la que entretiene a un antropólogo en el metro; el autor no salpicó de popularidad su estudiada prosa. Como cabe esperar de un ensayo académico —sin bibliografía pero con un severo y conciso aparato crítico—, el texto está en el cruce entre la frustración por la ausencia de claras políticas culturales y una sensibilidad fina que suple los faltantes con una definición de cultura profunda pero elitista.

Como explica Mabire, antes de 1970, la institucionalización posrevolucionaria produjo un renacimiento cultural: el muralismo, la literatura de la Revolución, la cinematografía, el prestigio de la UNAM, la obra de la escuela nacional de compositores. ¿Qué llevó luego al gobierno a meterse en la cultura; no estaba todo bien sin él, surgiendo a su paso, espontáneamente? Algo lo animó al uso de los medios de comunicación, a hacer declaraciones, a subsidiar la creación artística y literaria, y a modificar los contenidos de los libros gratuitos.

En las páginas sobre el sexenio de Echeverría, por ejemplo, ¿qué oculta la fundación de la Universidad Metropolitana, el Conacyt e Imevisión? Mabire nos hace ver que las políticas culturales del periodo de López Portillo se asemejan a un anecdotario: el incendio de la Cineteca Nacional que dirigía la hermana del presidente, el descubrimiento de las ruinas del Templo Mayor, la primera dama y su piano amigo. ¿Los repertorios culturales de De la Madrid? Sí, becas para investigadores, una presidenta menos sobreactuada, esta vez entregada a su papel de consejera matrimonial de los secretarios de Estado; en los siguientes sexenios, la venta de Imevisión, el hacer de Conaculta un centro coordinador de la cultura, la firma del TLC, la normalización de la situación legal con las iglesias... Pero, ¿todas éstas son políticas culturales? ¿Habrán quien dude de que el TLC haga leer en inglés, gustar de la música y otras expresiones de la cultura internacional? Y de vuelta, ¿no hay en todo esto un dejo folclorista de la cultura política, más que una política cultural de gobierno; modos personales de

gobernar más que políticas culturales? Si la respuesta definitiva a estas preguntas posterga la satisfacción del lector, no será por falta de agudeza en el análisis, tampoco por un compromiso académico que se agazape en una anhelada objetividad. Quien trate de debilitar la hipótesis de la relación entre esas acciones aisladas y el tema en general, encontrará en el texto de Mabire un deslinde conceptual impecable. Al puritano que se ruborice ante la severidad con que el autor presenta las políticas culturales sexenales, para los faltos de sentido del humor también, conviene recomendarles la lectura de la segunda parte de esta "jornada" donde el autor se ocupa de los contenidos de los textos únicos.

Como sabemos, en 1959 se institucionalizó la idea, largamente pospuesta, de uniformar los materiales básicos para la enseñanza primaria en México. Con esta medida el gobierno asumió el papel de educador de la niñez. Lo que se pensó como fundamento para fortalecer la identidad nacional, pronto se convirtió en semillero de discrepancias ideológicas.

Los primeros libros eran "únicos" en más de un sentido. El contenido del libro de historia, explica Mabire, fue un manifiesto a la tranquilidad social. Aplaudía la colaboración entre las clases y desdeñaba los problemas nacionales. Hacia 1961, la importancia de los textos pudo medirse con más exactitud. Todo urgía a readecuar los contenidos a las nuevas exigencias: es decir divulgar libros cuyo objetivo académico inhibiera el político. Se ordenó una nueva edición. El anuncio culminó en el más académico y complejo libro de texto publicado hasta entonces. Entre sus novedades Mabire cuenta la inclusión de México en el escenario mundial, el orgullo por la cultura y el desarrollo autóctonos. Esta serie, insiste, destacó por su conservadurismo, calidad intelectual y porque trataba de orientar a los estudiantes al pensamiento crítico.

En 1975, año en que se distribuyó esta versión de textos gratuitos, un nuevo debate puso en entredicho el papel de la clase política como rectora de la unidad nacional. Como antes, para Mabire, la protesta contra el gobierno fue encabezada por miembros del clero y la derecha católica. Aquél siguió defendiendo el papel de los textos como institución. En la década de los noventa nació una nueva serie. En calidad, la del 1992 fue de primer mundo, pero no por sus contenidos. Las críticas a las dos primeras series fueron muestras, violentas y resignadas, de las pugnas entre algunos sectores de la sociedad y las políticas educativas del gobierno mexicano.

Modestas, insuficientes, vacilantes, así fueron las políticas educativas. Y hay que decir, de acuerdo con Mabire, que al menos las hubo. Hoy toca a la derecha triunfante en el poder o asomarse al retrovisor de sus propios juicios y mirarse en un espejo crítico o evadirse del compromiso y delegarlo a los medios. Hoy que ya no es necesario alimentar el sentimiento de

identidad nacional ni está presente un anhelo de legitimidad, ¿qué dirige la política cultural? Las políticas culturales no son equivalentes de la cultura y la educación en México; en el mejor de los casos, dibujan aproximaciones de la cultura y la educación de los que están en el poder y su entorno. En la frontera entre acciones y actores Mabire esboza una bitácora de las políticas culturales. El autor ofrece así un texto novedoso que se lee en una sentada. Vertiginoso e inteligente como es, el libro cabe en el bolsillo; las respuestas a las preguntas que plantea, en cambio, se antojan lentas, vacilantes y desproporcionadas.

MANUEL ROJAS

DAVID SHIELDS, *Pemex. Un futuro incierto*, México, Editorial Planeta, 2003, 168 pp.

La contraportada de este libro lo presenta como “un diagnóstico crítico y fundamentado de un experto sobre la mítica riqueza nacional”. En realidad, los cimientos económicos sobre los cuales descansa este diagnóstico son a tal grado endebles que no parecería tener ningún sentido dedicarle una reseña al libro donde se presentan. Pero da la casualidad que David Shields es un hombre de múltiples talentos, y entre sus muchas actividades e intereses (periodista, corresponsal mexicano del prestigioso *World Petroleum Argus*, consultor en materia energética) se cuenta el ser asesor en materia petrolera de Andrés Manuel López Obrador. Ahora bien, no obstante los recientes problemas políticos que ha tenido el jefe de gobierno del Distrito Federal, la posibilidad de que pueda triunfar en los comicios presidenciales del año 2006 de ninguna manera es desdeñable. Esto quiere decir que, no obstante lo descabelladas que puedan parecer las ideas de Shields a primera vista (y segunda, tercera y subsecuentes vistas), sería un grave error pasarlas por alto sin más, por la sencilla razón de que existe cierta probabilidad de que terminen formando parte de la política petrolera de un futuro gobierno federal mexicano.

El lector que considere que quien escribe estas líneas está siendo injusto con Shields haría bien en considerar lo siguiente. Según Shields, “la industria petrolera mexicana ha perdido una gran oportunidad histórica al no construir refinerías para darle valor agregado al petróleo antes de comercializarlo o exportarlo” (p. 134). Shields hace esta aseveración sin que le importe que las inversiones en proyectos de refinación en todas partes